

# Muertes que evocan la de Jesús

La hermana Dorothy Stang fue asesinada en la selva de Brasil



TONI COMÍN

Día 2 de abril de 2005. Muere Juan Pablo II, en Roma, después de soportar con firmeza y dignidad una larga enfermedad. Hasta apenas unas horas antes de su muerte, Karol Wojtyła quiso mostrar su dolor a los ojos del mundo, como un sacramento del sufrimiento de Cristo en la Cruz. En los días siguientes, millones de católicos acudieron a Roma a rendir su último homenaje a aquel hombre que muchos consideran ya santo. Millones de cristianos de todo el mundo se concentraron en las plazas e iglesias de sus ciudades para orar por el Papa. Centenares de millones de personas contemplaron por televisión su solemne funeral, concelebrado por el colegio cardenalicio ante la mayor concentración de líderes políticos que se haya reunido jamás. La prensa tituló, con razón: “El funeral más masivo de la historia”.

12 de febrero del 2005. A las nueve de la mañana es asesinada en medio de la selva amazónica, en la región de Anapú, en el Estado brasileño del Pará, la monja de origen estadounidense Dorothy Stang. Hacía tiempo que estaba amenazada de muerte por los terratenientes de la región por su lucha en defensa del derecho a la tierra de miles de familias campesinas del Pará que viven en la miseria.

El Pará es una “tierra de nadie”, dos veces del tamaño de Francia, en la que imperan con impunidad los hacendados que, desde hace décadas, se apropian ilegalmente de la selva y la deforestan para vender cada año millones de toneladas de madera en los mercados mundiales. Dorothy había llegado en 1972 a esta parte perdida del mundo, a la que se accede sólo en *jeep* en un viaje de seis horas por una pista transamazónica construida hace 30 años por militares, pensando en dedicarse a la educación de los pobres. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que el problema de aquella gente no era el analfabetismo sino la propiedad de la tierra. Por eso, fue una de las primeras agentes de la Comisión de la Pastoral de la Tierra, la organización de la conferencia episcopal brasileña que promueve la reforma agraria.

Durante 30 años, esta religiosa, hija de una familia rica de Estados Unidos, trabajó en comunidades rurales. En ese tiempo, pudo fundar 22 escuelas y un centro de formación de profesores. Pero su

mayor ambición, en los últimos años, era La Esperanza, un programa de desarrollo sostenible en el Amazonas, que proyectaba repartir 130.000 hectáreas entre 600 familias. Fue su mayor ambición y, también, la causa de su muerte, dicen las demás monjas de su comunidad: “Su asesinato fue instigado por aquellos que se oponían a su trabajo en defensa de los sin tierra y por la preservación de la floresta”, contó tras el crimen la hermana Katia.

La suya era una muerte anunciada. Hacía demasiados años que estaba enfrentada a los madereros y *grileiros* (escrituradores ilegales de tierra). En marzo del 2004, Dorothy reveló que un área de 140.000 hectáreas estaba siendo *grilada* (apropiada ilegalmente) en Anapú por los terratenientes para la explotación de caoba, cedro y jatobá. Antes ya había denunciado cómo la policía había intervenido a favor de los grandes propietarios para expulsar a campesinos de sus tierras.



En 1999, cuando comenzó a organizar en Anapú el proyecto La Esperanza, la misionera y otras ocho personas empezaron a recibir amenazas de un grupo de hacendados. Pidió protección al delegado de la policía federal. A sus familiares les había explicado que desde hacía tiempo su cabeza tenía precio. Tres días antes de su muerte, Dorothy había entregado la denuncia de estas amenazas de muerte a las autoridades del Estado y del gobierno federal, así como a la secretaria especial para los Derechos Humanos.

Las circunstancias del asesinato se conocieron muy pronto, gracias a la mujer que la acompañaba cuando sucedió todo. La hermana Dorothy estaba en uno de los asentamientos de La Esperanza para discutir la situación de violencia y la constante invasión de los poblados de los campesinos por parte de los pistoleros a cuenta de los grandes hacendados. Por la mañana, cuando salían de la casa, la monja y la testigo fueron cercadas por dos pistoleros, conocidos como Eduardo y Pogoió, que actuaban bajo las órdenes de uno de los madereros de la zona, Vitalmiro de

Moura, acusado de haberse apropiado ilegalmente de miles de hectáreas.

Ante las provocaciones de los dos verdugos, Dorothy no tuvo otra respuesta que sacar su Biblia y blandirla en alto como única arma. Inmediatamente recibió el primer tiro, disparado a escasos centímetros. La testigo huyó. Según el forense, “fue alcanzada a quemarropa, prácticamente, con un tiro en la cabeza, de un arma calibre 45. Ese tiro sería suficiente para matarla, pero después recibió otros cuatro tiros en la espalda, ya caída, y un último tiro en el abdomen”.

Se dice que los “ricos” de la zona celebraron su muerte: la noche del crimen lanzaron bengalas y convidaron a cerveza a los parroquianos de los bares. “Están convirtiendo en mártir a una monja que invadía tierras, una mujer que creaba desorden. Era el mayor problema que tenía la región”, afirmó sin vacilar uno de los terratenientes tras el crimen. “Llevaba 30 años creando problemas. Esa mujer fue asesinada y no concordamos con eso. Pero decir que era una santa es una falsedad. ¿Por qué una mujer extranjera, una *freira* [forma despectiva de referirse a una religiosa], quiere mandar aquí?”.

Advertida de que su vida corría peligro, apenas unas horas antes del crimen, Dorothy Stang fue a hablar con los pistoleros que la asesinaron y les pidió por su vida. Sabía que la mañana siguiente era la fecha de la ejecución. Quizá algún día los dos pistoleros —que fueron detenidos apenas horas después del asesinato, igual que el instigador del crimen, gracias al despliegue de 2000 policías llegados de Brasilia, por orden del gobierno del presidente Lula, con la misión especial de capturar a los culpables— tengan a bien contarle a los cristianos de todo el mundo cuáles fueron las palabras de aquella mártir y santa en las horas previas a su Cruz particular.

A diferencia de lo que ocurría hace 30 años, esta vez la intervención militar es vista como un sostén de la democracia. Hasta el punto de ser celebrada por la propia Iglesia. Para el padre José Lopes de Sousa, el párroco de Anapú, que trabajó durante quince años codo a codo con la hermana Dorothy, la presencia militar tal vez pueda ayudar a castigar a los culpables del crimen. Sería, prácticamente, la primera vez en 30 años que ocurre algo así. Durante la misa celebrada en la selva, frente a la tumba de Stang, López de Souza hizo tronar su denuncia: “Fue una muerte planificada”. En ese momento, plantó a modo de despedida de su amiga un brote de mogno, una especie de árbol en extinción en la selva amazónica. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de Esade